

Antonio Machado

Campos de Castilla

Edición de Arturo Ramoneda



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Primera edición: 2006
Segunda edición: 2013
Séptima reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la edición: Arturo Ramoneda Salas, 2006
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2006, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7576-3
Depósito legal: M-9.169-2013
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Introducción, por Arturo Ramoneda
- 41 Bibliografía
- 45 Oración por Antonio Machado, por Rubén Darío

Campos de Castilla

- 49 Prólogo
- 51 XCVII. (Retrato)
- 54 XCVIII. (A orillas del Duero)
- 58 XCIX. (Por tierras de España)
- 60 C. (El hospicio)
- 61 CI. (El Dios ibero)
- 64 CII. (Orillas del Duero)
- 67 CIII. (Las encinas)
- 72 CIV. [¿Eres tú, Guadarrama, viejo amigo]
- 73 CV. (En abril, las aguas mil)
- 75 CVI. (Un loco)
- 77 CVII. (Fantasía iconográfica)
- 79 CVIII. (Un criminal)
- 82 CIX. (Amanecer de otoño)
- 83 CX. (En tren)
- 85 CXI. (Noche de verano)
- 86 CXII. (Pascua de Resurrección)
- 87 CXIII. (Campos de Soria)

- 94 CXIV. (La tierra de Alvargonzález)
 126 CXV. (A un olmo seco)
 128 CXVI. (Recuerdos)
 130 CXVII. (Al maestro «Azorín» por su libro *Castilla*)
 132 CXVIII. (Caminos)
 134 CXIX. [Señor, ya me arrancaste lo que yo más
 quería]
 135 CXX. [Dice la esperanza: un día]
 136 CXXI. [Allá, en las tierras altas]
 137 CXXII. [Soñé que tú me llevabas]
 138 CXXIII. [Una noche de verano]
 139 CXXIV. [Al borrarse la nieve, se alejaron]
 140 CXXV. [En estos campos de la tierra mía]
 142 CXXVI. (A José María Palacio)
 144 CXXVII. (Otro viaje)
 147 CXXVIII. (Poema de un día)
 156 CXXIX. (Noviembre 1913)
 157 CXXX. (La saeta)
 158 CXXXI. (Del pasado efímero)
 160 CXXXII. (Los olivos)
 165 CXXXIII. (Llanto de las virtudes y coplas por la
 muerte de don Guido)
 169 CXXXIV. (La mujer manchega)
 172 CXXXV. (El mañana efímero)
 174 CXXXVI. (Proverbios y Cantares)
 191 CXXXVII. (Parábolas)
 197 CXXXVIII. (Mi bufón)

Elogios

- 198 CXXXIX. (A don Francisco Giner de los Ríos)
 200 CXL. (Al joven meditador José Ortega y Gasset)

- 201 CXXI. (A Xavier Valcarce)
204 CXXII. (Mariposa de la sierra)
206 CXXIII. (Desde mi rincón)
211 CXXIV. (Una España joven)
213 CXXV. (España, en paz)
216 CXXVI. [Esta leyenda en sabio romance
campesino]
218 CXXVII. (Al maestro Rubén Darío)
219 CXXVIII. (A la muerte de Rubén Darío)
220 CXXIX. (A Narciso Alonso Cortés, poeta de
Castilla)
223 CL. (Mis poetas)
225 CLI. (A don Miguel de Unamuno)
227 CLII. (A Juan Ramón Jiménez)

Apéndice

- 229 1. La tierra de Alvargonzález
245 2. Poética

Introducción

El conocido «Retrato» que antepuso a *Campos de Castilla* («Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla...»), la conducta pública que mantuvo hasta el final de su vida, su obra literaria y ensayística, su abundante correspondencia y los testimonios de las personas que lo conocieron y trataron ofrecen, como rasgos más destacados de la personalidad de Antonio Machado, el «torpe aliño indumentario», el carácter afable y bondadoso, el escaso aprecio por los maldicientes círculos literarios y artísticos de su época y el desdén de las pompas mundanas y de los honores. También ponen de relieve su actitud resignada y estoica, teñida a veces de escepticismo irónico y de humor socarrón, ante las adversidades, su vocación filosofadora, la tendencia a la introversión y a profundizar e indagar en los más ocultos significados de su mundo interior, la consideración del diálogo y de la tolerancia como formas idóneas de convivencia y su de-

fensa de la libertad y la dignidad de las personas («por mucho que valga un hombre –precisará– nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre»). De su padre y su abuelo aprendió a respetar y a admirar al pueblo, del que, más de una vez, reconoció que se podía aprender mucho.

Aunque se mostró fiel a los ideales de belleza perseguidos por los modernistas, literariamente mostró su rechazo de lo superfluo, externo, colorista e inauténtico y, como consecuencia, su deseo de cantar con voz propia (uno de sus proverbios reza así: «Despertad, cantores: / acaben los ecos, empiecen las voces»).

A pesar de que el amor, concebido muchas veces como un deseo difícil de materializar, se convirtió en uno de los ejes de su poesía, recibió tardíamente las dos flechas que le había reservado Cupido. De su relación con Leonor, a la que se unió cuando ya tenía 34 años, sólo nos dejó una serie de poemas en los que expresó su intenso dolor por su pérdida (la época en que vivieron juntos apenas dejó huella en sus versos). Los testimonios poéticos y epistolares de su vinculación con Pilar de Valderrama («Guiomar»), a la que conoció cuando tenía más de cincuenta años, revelan un apasionamiento mucho mayor. De uno de sus complementarios dirá: «Que fue Abel Martín hombre en extremo erótico lo sabemos por testimonio de cuantos le conocieron, y algo también por su propia lírica, donde abundan expresiones, más o menos hiperbólicas, de un apasionado culto a la mujer». Pero también aquí dejó patente que la poesía no es compatible con la presencia y la posesión, sino que suele nacer de la falta de algo que se añora.

La búsqueda de Dios o de algo que diera sentido a su vida, tan presente en sus poemas de *Soledades*, se irá haciendo más problemática y escéptica con el tiempo. En el poema CXXXVII:VI dirá: «El Dios que todos llevamos, / el Dios que todos hacemos, / el Dios que todos buscamos / y que nunca encontraremos». En realidad, la única etapa en la que se puede hablar de una vaga esperanza en el más allá o, quizá, de resucitar una fe perdida fue la que siguió a la muerte de Leonor.

El liberalismo y las «gotas de sangre jacobina» que, según él, corrieron siempre por sus venas, le vinieron, ante todo, de la tradición liberal de su familia y de las enseñanzas recibidas en la Institución Libre de Enseñanza. De ésta y del krausismo provienen también su gusto por la obra bien hecha, su sentido ético y su amor por la naturaleza.

Como otros escritores de su tiempo, Machado mantuvo una atención sin desmayos a la compleja vida española. Sus iniciales inquietudes regeneracionistas irán dejando paso, sobre todo desde su estancia en Baeza, a propuestas más radicales y progresistas. Su sueño de una España igualitaria, justa, solidaria, democrática y alejada de los egoísmos burgueses se mantendrá inquebrantable. También, frente a los deseos de los institucionistas de formar minorías selectas, Machado rechazará la cultura como un privilegio de unos pocos:

No soy partidario del aristocratismo de la cultura en el sentido de hacer de ésta un privilegio de casta. La cultura debe ser para todos, debe llegar a todos; pero, antes de propagarla, será preciso hacerla. No pretendamos que el vaso rebose

antes de llenarse. La pedagogía de regadera quiebra indefectiblemente cuando la regadera está vacía. Sobre todo, no olvidemos que la cultura es intensidad, concentración, labor heroica y callada, pudor, recogimiento antes, muy antes, que extensión y propaganda.

El deseo de una poesía que se abriera a lo colectivo y que supusiera una quiebra histórica del individualismo decimonónico se acentúa en los años de Baeza. En 1919, en el prólogo que pone a la segunda edición de *Soledades, galerías y otros poemas*, puntualiza:

Pero amo mucho más la edad que se avecina y a los poetas que han de surgir cuando una tarea común apasione a las almas. Cierto que la guerra no ha creado ideas nuevas –no pueden las ideas brotar de los puños–, pero ¿quién duda de que el árbol humano comienza a renovarse por la raíz, y de que una nueva oleada de vida camina hacia la luz, hacia la conciencia?

A pesar de esto, Machado mantuvo sus distancias frente a algunas de las más extremistas propuestas políticas que se impusieron en la época. Todavía en 1937, durante la guerra, en un «Discurso a las Juventudes socialistas unificadas», puntualizará:

Desde un punto de vista teórico, yo no soy marxista, no lo he sido nunca, es muy posible que no lo sea jamás [...]. Me falta simpatía por la idea central del marxismo: me resisto a creer que el factor económico, cuya enorme importancia no desconozco, sea el más esencial de la vida humana y el gran motor de la historia.

Un año después, el 19 de noviembre de 1938, escribía:

Carezco de filiación de partido, no la he tenido nunca, aspiro a no tenerla jamás. Mi ideario político se ha limitado siempre a aceptar como legítimo solamente el gobierno que representa la voluntad libre del pueblo. Por eso estuve siempre al lado de la República Española, por cuyo advenimiento trabajé en la medida de mis esfuerzos, y siempre dentro de los cauces que yo estimaba legítimos.

Antonio Machado Ruiz nació en Sevilla, en el seno de una familia de ideas progresistas, el 26 de julio de 1875 (un año antes había venido al mundo su hermano Manuel). Era hijo de Antonio Machado y Álvarez, abogado y conocido folclorista, y de Ana Ruiz, hija de un confiteiro de Triana. Su abuelo, Antonio Machado Núñez, catedrático de la Universidad, fue uno de los introductores del darwinismo en España. Sus vivencias infantiles en la capital andaluza, ciudad en la que no volverá a residir, tendrán una importancia trascendental en su obra poética.

En 1883, toda la familia, que atraviesa por graves problemas económicos, se traslada a Madrid con el abuelo, que ha obtenido una cátedra en la Facultad de Ciencias. Hasta 1889, en que pasa al Instituto San Isidro, Antonio estudia en la Institución Libre de Enseñanza, creada en 1876 con el fin de implantar métodos pedagógicos diferentes a los de la enseñanza estatal (a sus maestros, en especial a Giner de los Ríos, guardará siempre «vivo afecto y profunda gratitud»). Continúa sus estudios en el Instituto Cardenal Cisneros, pero no termina el bachillerato hasta 1900.

En 1892, su padre obtiene el cargo de Registrador de la Propiedad en Puerto Rico. Sin embargo, una grave enfermedad (una tuberculosis) lo obliga al año siguiente a regresar a Sevilla, donde muere sin poder ver a sus hijos. La delicada situación económica familiar, agravada por la muerte del abuelo en 1895, obliga a otro hermano, Joaquín, a emigrar a Guatemala.

Por estos años, Machado lee a Bécquer y a los poetas simbolistas, se aficiona a los romances y a otras formas de la literatura popular, publica sus primeros artículos humorísticos en *La Caricatura* (1893), colabora en el *Diccionario de ideas afines* de Eduardo Benot, frecuenta las tertulias literarias y se aficiona al teatro y a los espectáculos flamencos (en 1900 entra como meritorio en la compañía teatral de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza).

Entre junio y octubre de 1899 vive en París. Él y su hermano trabajan para la editorial Garnier. Esta ciudad –recordará más tarde– «era todavía la ciudad del “affaire Dreyfus” en política, del simbolismo en poesía, del impresionismo en pintura, del escepticismo elegante en crítica. Conocí personalmente a Oscar Wilde y a Jean Moréas. La gran figura literaria, el gran consagrado, era Anatole France». En la capital francesa pasará otra larga temporada como funcionario en el Consulado de Guatemala (de abril a agosto de 1902), a las órdenes del escritor Enrique Gómez Carrillo. En esta época colabora en las revistas *Electra*, *Helios*, *Blanco y Negro*, *Alma Española*, etc., y asiste casi a diario a la Biblioteca Nacional.

Su primer libro, *Soledades*, con 42 poemas escritos desde 1898 (algunos ya habían sido publicados en revistas), aparece en 1903.

De espaldas a lo anecdótico y circunstancial, Machado, mediante una minuciosa exploración de su mundo interior, vierte aquí sus melancolías, sus penas, sus angustias, sus tristezas y sus deseos permanentemente insatisfechos. No debe extrañar que para el diálogo que con frecuencia entabla consigo mismo, el poeta humanice y convierta en interlocutores a elementos carentes de vida (la fuente, la tarde, la mañana, la noche).

Las causas que provocan esta situación anímica, aunque pocas veces se hacen explícitas, están en la pérdida de la juventud, en sus múltiples soledades, entre las que se alza con fuerza la falta de amor, y en la falta de sentido que el mundo tiene para él.

Un año después muere su abuela paterna, Cipriana Álvarez, único sostén económico de la familia. Machado en esas fechas carece de un trabajo estable y lleva una vida bohemía. En 1905, firma, con otros autores, un manifiesto contra Echegaray, que acababa de obtener el Premio Nobel.

A pesar de su escasa vocación para la enseñanza, prepara, con éxito, oposiciones a una cátedra de Lengua Francesa de bachillerato (la legislación no exigía para ser profesor de esta asignatura el título de licenciado). En mayo de 1907 toma posesión de la plaza que ha obtenido en el Instituto de Soria. En septiembre se asienta en esta ciudad. Aquí colaborará en *Tierra Soriana*, *El Porvenir Castellano* y *El Avisador Numantino*.

A finales de 1907 se reedita, con notables cambios, su primer libro, con el título ahora de *Soledades. Galerías. Otros poemas* (en la edición de 1919: *Soledades, galerías y otros poemas*). Machado ha suprimido 13 poemas de la edición de *Soledades* y ha añadido muchos más.

El 30 de julio de 1909 se casa con una joven de 15 años, Leonor Izquierdo, hija de la dueña de la pensión en que se aloja. Fueron padrinos Ana Ruiz, madre de Machado, y Gregorio Cuevas, tío de Leonor. Según *El Avisador Numantino*: «La novia, en la ceremonia, lució elegantísimo traje de seda negro, cubriendo su hermosa cabeza con el clásico velo blanco, prendido elegantemente y adornado con un ramo de azahar. El novio iba de rigurosa etiqueta». El piso que ocuparon él y Leonor será la única vivienda propia del poeta. El resto de su vida vivió en pensiones o en Madrid, con su familia.

En enero de 1911, gracias a una pensión de 250 pesetas mensuales, concedida por la Junta para Ampliación de Estudios, se traslada, con su mujer, a París. Aquí asiste, en el Colegio de Francia, a los cursos de filología francesa de Joseph Bédier y a las conferencias del filósofo Henri Bergson. El 14 de julio, Leonor presenta los primeros síntomas graves de hemoptisis. A principios de septiembre, con la ayuda económica de Rubén Darío, regresan a Soria.

Su segundo libro de poemas, *Campos de Castilla*, aparece en la primavera de 1912 (se tiraron 2.300 ejemplares). Poco después, el 1 de agosto, muere Leonor. Los meses que siguen los pasa Machado en Madrid.

En el Instituto de Baeza (Jaén) reanuda sus tareas docentes, después de una profunda crisis espiritual, a principios de noviembre. Uno de sus alumnos, Rafael Laínez, lo ha recordado así:

Los estudiantes sentíamos mucho respeto por este profesor serio y tierno a la vez, que sabía sonreír desde su lejanía como si estuviera atento a la presencia ausente de algo que

nosotros ignorábamos aún. El ancho claustro renacentista del viejo edificio estaba lleno de luz y de algarabías estudiantiles, pero se colmaba de silencio con sola su presencia.

En 1915 comienza a estudiar Filosofía y Letras, carrera que terminará tres años después. También colabora en la revista *España* y muestra sus simpatías por los aliados. En 1917 publica unas *Páginas escogidas* y sus *Poesías completas*. En Baeza recibe la visita de un grupo de estudiantes granadinos (entre ellos está Federico García Lorca). Durante esta época realiza algunas excursiones y visita diversas localidades andaluzas.

En 1919 se traslada al Instituto de Segovia. En esta ciudad será cofundador de la Universidad Popular, centro cultural donde recibían instrucción gratuita trabajadores y gentes del pueblo. En Madrid, donde a partir de ahora pasa los fines de semana, se relaciona con numerosos escritores. En los años siguientes colabora en *Índice*, *La Pluma*, *Revista de Occidente* y otras publicaciones.

Su tercer libro, *Nuevas Canciones*, aparece en abril de 1924.

En él conviven lo emotivo, lo cerebral, lo reflexivo, las impresiones paisajísticas y lo popular y lo culto. Machado también muestra aquí su deseo de alcanzar la objetividad y de escapar de su tendencia narcisista. El análisis de nosotros mismos y el conocimiento individual es una forma de abrirse a los demás, pero también la valoración independiente del «otro» puede ser una vía para sacar a la luz lo mejor y más puro de nosotros.

Al año siguiente se reimprimen sus *Páginas escogidas*. En 1926 se adhiere a la Alianza Republicana y comienza

a publicar, en *Revista de Occidente*, el *Cancionero apócrifo de Abel Martín*. Con *Desdichas de la Fortuna o Julianillo Valcárcel* inicia una fructífera colaboración teatral con su hermano Manuel. En 1927 es elegido para la Real Academia Española, pero nunca leerá el discurso de ingreso. Poco después, en 1928, inicia unas relaciones sentimentales con la poetisa Pilar de Valderrama (la «Guio-mar» de sus versos) y aparece la segunda edición de sus *Poesías completas*.

Él y su hermano Manuel obtienen en 1929 un gran éxito con el drama *La Lola se va a los puertos*. En 1931 se adhiere a la Agrupación al Servicio de la República, constituida por Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala. El 14 de abril participa en la ceremonia de proclamación de la República en Segovia. Forma parte también del Patronato de las Misiones Pedagógicas. En septiembre de ese año se traslada al Instituto Calderón de la Barca de Madrid. A partir de ahora vivirá con su madre y con su hermano José. En los años siguientes colabora en *El Sol* y en otras publicaciones. Se le nombra «hijo adoptivo» de Soria (1932) y aparece la tercera edición de sus *Poesías completas* (1933). En 1935 pasa al Instituto Cervantes de Madrid. La cuarta edición de sus *Poesías completas* se publica en 1936. Este año ve la luz *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo* (las primeras prosas de este libro habían visto la luz en 1934).

Desde el estallido de la Guerra Civil se coloca al lado de la República (su hermano Manuel permanecerá en Burgos, en la zona franquista). En noviembre de 1936 se

traslada a Valencia con su familia. Poco después se instala en el pueblo vecino de Rocafort.

En julio de 1937 participa en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Se publica su último libro, *La guerra*, ilustrado por su hermano José. Colabora asiduamente en la revista *Hora de España*.

Ante el avance del ejército nacional, en abril de 1938 se traslada a Barcelona, donde inicia, en el diario *La Vanguardia*, una sección titulada «Desde el mirador de la guerra». A finales de enero de 1939 sale con su madre de España. Después de un penoso viaje hasta la frontera, ambos se instalan en el pueblecito de Collioure, donde mueren poco después (él, el 22 de febrero; ella, a los tres días). Allí permanecen enterrados. El último verso que escribió fue: «Estos días azules y este sol de la infancia».

«Campos de Castilla»

En su segundo libro, *Campos de Castilla*, publicado en 1912 por la editorial Renacimiento, Machado recogió 54 poemas que había escrito en Soria: 9 iniciales, 9 bajo el título de «Campos de Soria», el extenso romance «La tierra de Alvargonzález», que con sus 712 versos ocupaba más de la mitad del libro, 29 poemitas breves agrupados bajo el título de «Proverbios y Cantares», 4 poemas sueltos («Humoradas», «Consejos», «Profesión de fe» y «Mi bufón») y 2 elogios (a Unamuno y a Juan Ramón Jiménez). Algunos de estos textos habían aparecido en *La Lectura*, de Madrid, y en *El Porvenir Castellano y Tierra*

Soriana, de Soria. En la edición de sus *Poesías completas* (1917) incorporó los poemas escritos en Baeza (el número de «Proverbios y Cantares» se eleva ahora a 53). Algunas de estas composiciones, como las CXLVI, CXLVII, CLI y CLII, están fechadas antes de 1907.

Aunque no se puede hablar de un cambio poético radical, la conclusión a la que llega el lector de esta obra es que Machado, a pesar de que se muestra muchas veces en primera persona, interrumpe la descripción con incisos y reflexiones y sigue meditando sobre los enigmas del hombre y del mundo, exhibe menos sus problemas e inquietudes y muestra una mayor objetividad que en *Soledades*. El mundo exterior, las gentes de su entorno y los aspectos históricos y sociales de Castilla atraen preferentemente su atención. Aunque se tiña de connotaciones espirituales y ejerza un efecto subjetivo sobre él, la naturaleza, más que un pretexto para plasmar una situación anímica, tiene una existencia real. Los paisajes simbólicos de *Soledades* son sustituidos en estos poemas por ríos, yermos, parameras y montes de una geografía conocida. En su ensayo «Reflexiones sobre la lírica», fechado en 1925, Machado contrapondrá la «concepción romántico-simbolista del paisaje como mero estado de alma, y de las cosas como símbolos de nuestro sentir», a otro modo de ver que atiende más a «las cosas mismas», a «lo real», a las «presencias».

Entre las causas que pudieron motivar este cambio de actitud está, ante todo, su convencimiento, desde hacía tiempo, de que el escritor no debía limitarse a contemplarse a sí mismo. En una carta que había dirigido a Unamuno en 1904, ya confesaba: «No debemos crearnos un

mundo aparte en que gozar fantástica y egoístamente de la contemplación de nosotros mismos; no debemos huir de la vida para forjarnos una vida mejor, que sea estéril para los demás». En un artículo sobre el libro *Arias tristes* de Juan Ramón Jiménez, publicado en esas mismas fechas, es más explícito:

Se nos ha llamado egoístas y soñolientos. Sobre esto he meditado mucho y siempre me he dicho: si tuvieran razón los que tal afirman, debiéramos confesarlo y corregirnos. Porque yo no puedo aceptar que el poeta sea un hombre estéril que huya de la vida para forjarse quiméricamente una vida mejor en que gozar de la contemplación de sí mismo. [...] Lejos de mi ánimo el señalar en los demás lo que veo en mí, pero me atrevo a aconsejar a Juan R. Jiménez esta labor de autoinspección.

En este apartamiento de la «contemplación de sí mismo» también constituyó un poderoso estímulo el descubrimiento del campo castellano. En la edición de *Soledades. Galerías. Otros poemas*, Machado tuvo tiempo de incluir un poema, «A orillas del Duero» (IX), donde expresó inequívocamente la impresión que había provocado en él el paisaje soriano durante su breve estancia en la ciudad para tomar posesión de su cátedra. En los últimos versos hasta se produce una identificación generalizadora entre el paisaje castellano y el español, que será una de las claves de *Campos de Castilla*:

¡Chopos del camino blanco, álamos de la ribera,
espuma de la montaña

ante la azul lejanía,
sol del día, claro día!
¡Hermosa tierra de España!

Sin embargo, su vinculación afectiva con las tierras de Soria no fue inmediata. A principios de 1908 le escribía a Rubén Darío: «Yo estoy en Soria, vieja ciudad de Castilla, donde me trajeron mis pecados, desempeñando la cátedra de francés; pero quiero hacer una nueva oposición a la cátedra de Madrid, que permutaré, Dios mediante, con la de Sevilla». Miguel Pérez Ferrero lo achaca a diversas causas: «Alejado de los suyos, de sus amigos cordiales, del aliciente de la vida literaria madrileña, el paisaje se le presenta demasiado áspero y la ciudad le abruma de aburrimiento». De hecho, desde su instalación en Soria en el otoño de 1907 hasta finales de 1908 el único poema suyo conocido es el «Retrato». Su primer poema castellano, «A orillas del Duero», se publicó en febrero de 1910.

A los motivos anteriores que explican su apertura al mundo exterior hay que añadir el conocimiento de Leonor, que venía a poner fin a la falta de amor que en *Soledades* hacía más angustiosa su soledad existencial.

Campos de Castilla, frente a la mayor unidad de *Soledades*, es un libro bastante heterogéneo en el que pueden distinguirse diferentes líneas temáticas. El propio Machado dirá por boca de Juan de Mairena (XXII): «Pero, además, ¿pensáis que un hombre no puede llevar dentro de sí más de un poeta? Lo difícil sería lo contrario, que no llevase más que uno».

Visión crítica y lírica del campo castellano

Diversos poemas, con los que se abre el libro, presentan una serie de consideraciones sobre el pasado, el presente y el futuro de Castilla y, por extensión, de España. Frente a los esplendores guerreros medievales y económicos del siglo XVI (los monumentos artísticos nunca se mencionan), Machado destaca la miseria, el atraso y la decadencia de la España rural, debida a la falta de industrialización, a la emigración forzosa y al conformismo de los pensadores y gobernantes. En un artículo que publica en Soria el 2 de mayo de 1908, titulado «Nuestro patriotismo y la marcha de Cádiz», puntualiza:

Los últimos años de vida española han cambiado profundamente nuestra psicología. Acabamos de cosechar muy amargos frutos; y el recuerdo del reciente desastre nacional surge en nuestro espíritu como una nube negra que nos vela el épico sol de otros días. [...] Comenzamos a despertar y a mirar en torno nuestro [...]. Somos los hijos de una tierra pobre e ignorante, de una tierra donde todo está por hacer.

La sufrida vida del campesino, sometido a los designios caprichosos de un Dios cruel, vengativo o paternal («con doble faz de amor y de venganza»), es el eje del poema CI.

Machado defendió siempre la necesidad de estudiar la idiosincrasia del campesino español y de su entorno para explicar satisfactoriamente los más arduos fenómenos de la vida española y para determinar cualquier reforma del país.